

La imparcialidad histórica me obliga, á pesar mio, á censurar fuertemente, en esta ocasion, la conducta de los caudillos de la independencia. Es injustificable el hecho de haber retrocedido despues de la batalla de las Cruces. Se ha dicho que careciendo de parque y avanzando Calleja á marchas forzadas, era preciso emprender la retirada á toda costa. Pero estas razones léjos de apoyar estos argumentos, los destruyen completamente. ¿Se habia acabado el parque?... (1) Pero entonces no comprendo cual fué el objeto de avanzar sobre México. Evidentemente se habia de encontrar resistencia; evidentemente se habia de tropezar con obstáculos; evidentemente no habia de caer la dominacion española sin que se desenvainaran los sables y sin que tronara el cañon; y como se trataba de sitiar una ciudad,—y una ciudad tan grande como la capital,—me parece increíble que se hubiese acometido semejante empresa sin contar, por lo menos, con el parque necesario para llevarla á cabo. ¿Avanzaba Calleja á marchas forzadas? Pues mas razon para precipitar el ataque tratando de dar un golpe audaz que habria salvado la comprometida situacion del ejército libertador. Se ha dicho que Allende se opuso á la retirada, pero que Hidalgo insistió en ella; y si hemos de creer que algunas dotes militares adornaron al defensor de Guanajuato, debemos fácilmente dar crédito á esta especie que conforma mas con lo que conocemos de su carácter. Sea de ello lo que fuere, el resultado es que, despues de haber triunfado, despues de haber hecho mil sacrificios para llegar á las puertas de México, despues de tener en sus manos la suerte de la capital, despues de haber paseado sus miradas sobre el delicioso valle encomendado á la especial proteccion de la vírgen de los Remedios,—el ejército insurgente contramarchó el dia 2 volviéndose hasta Ixtlahuaca, y dirigiéndose de allí á Querétaro, que era ciudad muy codiciada por Hidalgo.

(1) Hecho, por otra parte, que absolutamente está probado.

El 6 de Noviembre pernoctaron los independientes en el rancho de San Gerónimo Aculco y los realistas en la hacienda de Arroyozarco, sin que ni uno ni otro ejército sospecharan su proximidad. El dia 7 continuaron avanzando y solo cuando se avistaron comprendieron que era inminente una batalla. Los independientes se posesionaron de una loma en donde colocaron algunas piezas de artillería; Calleja formó tres columnas de infantería; y dentro de breve tiempo comenzó el combate,—combate en que tropas disciplinadas debian vencer á masas poco acostumbradas al fuego, é ignorando completamente los principios rudimentarios del arte militar. Así sucedió; y aunque D. Anastasio Zerecero pretende que la batalla de Aculco léjos de ser una derrota para los independientes, les sirvió para emprender una retirada maestra, es indudable que estos sufrieron un grave descalabro que comprometió el éxito de toda la campaña.

## VII.

Despues de la batalla de Aculco se separaron Allende é Hidalgo marchando el primero hácia Guanajuato, y el segundo hácia Valladolid. Dejemos al cura de Dolores y sigamos al general Allende que, sin ser molestado, avanzaba rápidamente sobre Guanajuato. Llegó á esta ciudad el 13 de Noviembre acompañado por los generales Jimenez, Abasolo, los Aldama, Balleza, Arias y por una multitud de gente que se



le habia reunido en el camino. El Ayuntamiento salió á recibirlo con grandes demostraciones de júbilo; y la ciudad engalanada traducía el gozo de sus habitantes.

La posición de la ciudad es en extremo desventajosa para operaciones militares. Situada en las faldas de una loma accidentada, dominada por vecinas alturas, es el peor lugar que escogerse pudiera para intentar una defensa. Sin embargo, apesar de estas dificultades, determinó Allende fortificarse en este punto. El principal motivo en que fundó su determinación fué que la casa de moneda existente en esa ciudad le proporcionaba abundantes recursos.

Y, una vez tomada esta determinación, comenzó á desplegar las brillantes cualidades militares que le dan una indisputable preeminencia sobre sus compañeros de insurrección.

Para comprender el mérito de esta defensa necesario es fijarse en las dificultades materiales y morales que hubo de vencer el caudillo insurgente. Porque no solo la plaza era indefensible por su posición topográfica, sino que ni habia tiempo para dar á su plan el desarrollo que exigia, ni contaba con los elementos necesarios para obtener un éxito favorable. Por otra parte, la derrota de Aculeo habia impresionado á los ánimos; sabido es el influjo ejercido en las masas por el primer revés que experimenta un ejército victorioso; y aunque la revolución habia estallado en diversos puntos del país, y aunque no se habia logrado sofocar el incendio que amenazaba consumir para siempre los soberbios monumentos de la dominación española, no dejaba de ser comprometida la situación de Allende, ni era posible evitar que un desaliento gradual fuese apoderándose de los mejores amigos de la independencia, sustituyendo al entusiasmo y á las ilusiones de los primeros días. ¡Cuán diferente habria sido la posición si los independientes si hubiesen marchado sobre México despues de la batalla de las Cruces! ¡Cuánta sangre se habria evitado y cuán distinta hubiera sido la suerte de los hombres heroicos que murieron gloriosamente por nuestras libertades!

Y es que Hidalgo tuvo razón cuando dijo que los que acometen empresas semejantes, nunca gozan del fruto de ellas. No parece sino que una ley implacable ordena á las naciones que para llegar al apoteosis, necesario es marchar por la senda del martirio, y que para conquistar los mas sagrados derechos del hombre, necesario es verter la mas preciosa sangre del corazón. Los iniciadores, los apóstoles de la nueva idea, son las víctimas ofrecidas en holocausto por el destino para aplacar las iras del vengativo Dios; y solo despues de que se ha fecundado el suelo con esta generosa sangre, comienzan á brotar las flores, palpita de nuevo el corazón, y resuena la bóveda patria con el himno entusiasta de la libertad, y con los dulces murmullos de la paz y del bienestar.

Pero volvamos á la defensa de Guanajuato.

La primera disposición dictada por Allende, fué mandar practicar un gran número de barrenos en los cerros que dominan la cañada de Marfil. Estos barrenos, llenos de pólvora, debian hacer explosión en los momentos en que el ejército realista estuviese bien encajonado en la cañada, precipitando sobre él una avalancha de peñascos que le habria destruido por completo. Día y noche, animados de gran entusiasmo se trabajó en este proyecto. El administrador de la célebre y riquísima mina de la Valenciana, Chowell, dirigia estos trabajos, y en el corto espacio de tiempo que medió entre el 13 y el 25 de Noviembre, se llevaron á cabo con maravillosa prontitud y con notable acierto.

También desplegó Allende una actividad incansable para fundir cañones. Hidalgo habia encargado á un estudiante de minería que hacia su práctica en aquel mineral, D. Rafael Dávalos, que se encargara de este trabajo; y la actividad de este joven, unida al empeño de Allende, hicieron que en menos de dos meses se hubieran fundido veintidos cañones. Entre éstos se distinguia uno de colosales dimensiones que fué bautizado con el nombre de *Defensor de América*.

No perdonaba esfuerzo alguno el general en jefe para animar á su gente. Como se tenia en Guanajuato gran devoción



á la vírgen, mandó que se celebrara en su honor una funcion solemne, asistiendo á ella *en grande tenue* acompañado por toda la oficialidad y por los principales vecinos de la poblacion. Tambien excitó á los sacerdotes á que predicaran en favor de la independenciam, "lo que hicieron algunos con extraordinario fervor, y otros con alguna frialdad, siguiendo cada uno sus particulares opiniones." (1)

Temiendo tambien que estos medios, por bien organizados que estuviesen, no bastaran para la defensa de la plaza, escribió al general Iriarte que se encontraba en Zacatecas para que viniera en su auxilio.

## VIII.

Ha llegado el momento de hablar del desacuerdo que estalló entre los gefes de la revolucion,—desacuerdo que solo el Sr Zerecero ha negado.

Bustamante hablando de la retirada de las Cruces dice estas notables palabras: "... Motivos tan poderosos le hicieron (á Hidalgo) volver sobre sus pasos, *aunque con disgusto de Allende, que desde esta época comenzó á desabrirse con él; desazon que se aumentó cada dia mas, y que terminó con la desgracia personal de entrambos gefes.* (2) Este testimonio es tanto mas im-

(1) Zerecero.—Memorias.—pág. 199.

(2) Bustamante.—Cuadro Histórico.—Carta Sexta.

portante cuanto que viene de un hombre cuya parcialidad y entusiasmo por la causa de los insurgentes son bien conocidas, y no comprendo qué motivo habria tenido el autor del *Cuadro Histórico* para inventar una desavenencia que debia arrojar cierto descrédito sobre ambos caudillos.

La imparcialidad histórica me obliga á insertar las dos cartas escritas por Allende á Hidalgo desde Guanajuato en esta época; y en seguida copiaré los argumentos del Sr. Zerecero para examinar su fundamento, y para indicar que desgraciadamente disiento de la opinion que ha emitido sobre este delicado y penoso asunto.

La primera carta dice así: "Señor Generalísimo D. Miguel Hidalgo y Costilla:—Cuartel general de Guanajuato, Noviembre 19 de 1810.—Queridísimo amigo y compañero: Recibí la apreciable de vd. de 15 del corriente, y en su vista digo, que nada seria mas perjudicial á la nacion y al logro de nuestras empresas, que el que vd. se retirase con sus tropas á Guadalajara, porque eso seria tratar de la seguridad propia, y no de la comun felicidad, y así lo habia de creer y censurar todo el mundo. El ejército de operaciones al mando de Calleja y Flon entra por nuestros pueblos conquistados como por su casa, y lo peor es que los seduce con promesas lisonjeras; de suerte que hasta con repique lo recibieron en Celaya, y tienen razon porque se les ha dejado indefensos. Todo esto va induciendo en los pueblos un desaliento universal, que dentro de breve puede convertirse en ódio de nosotros y de nuestro gobierno, y tal vez estimularlos á una vileza, de maquinar por conseguir su seguridad propia. No debemos, pues, desentendernos de la defensa de estas plazas tan importantes, ni de la destruccion de dicho ejército, que por todas partes esparce, con harto dolor mio, la idea de que somos cobardes, y hasta los mismos indios lo han censurado. De otro modo, abandonando esta preciosa ciudad, la mas interesante de todo el reino, ó si somos derrotados en ella por el enemigo—¿qué será de Valladolid, Zacatecas, Potosí y los pueblos cortos? ¿y qué será de la misma Guadalajara, para donde se



dirigirá el enemigo cada vez mas triunfante y glorioso con su reconquista? Me parece infalible la total pérdida de lo conquistado y la de toda la empresa, con el agregado de la de nuestras propias vidas y seguridad, pues ni en la mas infeliz ranchería la hallaríamos viéndonos cobardes y fugitivos, sino que ellos mismos serian nuestros verdugos.—El mismo Huidobro y su ejército pedian, en vista de que Guadalajara nos esperaba de paz, que pasase yo en persona para mayor solemnidad y mejor arreglo de las cosas; pero como no trataba yo de asegurarme, sino de la defensa de esta ciudad (Guanajuato) de tanto mérito por su entusiasmo, por los muchos intereses que tenemos en ella, por la casa de moneda que tanto importa y por tantos mil títulos, no quise hacerlo, sino permanecer aquí y prevenir á vd. como lo he hecho, y á las divisiones Iriarte y Huidobro se acerquen con cuanta fuerza puedan, para atacar al enemigo por todas partes, destruirlo y abrirnos el paso á Querétaro y á México, ó cuando menos conseguir la seguridad de lo conquistado, y hacernos fuertes en sus fronteras, para cortar á México víveres y comunicaciones. El Lic. Avendaño acompañó á Huidobro á Guadalajara para el arreglo del gobierno y lo demás, y tambien hice le acompañase Balleza á las órdenes de Huidobro, previniendo á éste en presencia del mismo Balleza que no se le obedeciese, por ser manifiesta su debilidad y que solo pensaba en la seguridad personal. No fué necesario que llegasen á Guadalajara ni para su honra, ni para el arreglo del gobierno en todas sus partes, porque el famoso capitán Torres y los mismos patriotas buenos y vecinos de Guadalajara, lo han puesto todo en el mejor orden que se puede desear, segun los partes que recibí ayer, y así, cualquiera otra cosa, lejos de fomentar el orden, lo destruirá é introducirá el desorden, que tantos estragos nos ha ocasionado. En esta virtud, en justicia y por amor propio, no puede, ni debe vd. ni nosotros, pensar en otra cosa, que en esta preciosa ciudad que debe ser capital del mundo, y así sin pérdida de momentos ponerse en marcha con cuanta tropa y cañones haya juntado, para volver é

ocupar el valle de Santiago y los pueblos ocupados por el enemigo hasta esta frontera, y atacarlo con valor por la retaguardia, dándonos aviso oportuno de su situacion para hacer nuestra salida, y que cercado por todas partes quede aniquilado y nosotros con un completo triunfo.—Ignacio Allende, capitán general de América. P. D. Es llegado el tiempo de hablar con la libertad que pide nuestro comprometimiento. Yo no soy capaz de apartarme del fin de nuestra conquista: mas si empezamos á tratar de nuestras seguridades personales, tomaré el separado partido que me convenga, lo que será imposible practique, siempre que Vd. se preste con vigor á nuestra empresa, y Vd., y no otro, debe ser el que mande estas tropas. Guadalajara, aun cuando le faltase algun arreglo, despues se remediaria, y Guanajuato acaso seria imposible volverlo á hacer nuestro adicto.”

La segunda carta fecha 20 de Noviembre de 1810, está reductada en estos términos:—“Mi apreciable compañero: vd. se ha desentendido de nuestro comprometimiento, y lo que es mas, que trata vd. de declararme cándido, incluyendo en ello el mas negro desprecio hácia mi amistad. Desde Salvatierra contesté á vd. diciendo, que mi parecer era el que fuese vd. á Valladolid y yo á Guanajuato, para que levantando tropas y cañones pudiesemos auxiliarnos mutuamente, segun que se presentase el enemigo: puse á vd. tres oficios con distintos mozos, pidiendo que en vista de dirigirse á esta el ejército de Calleja, fuese vd. poniendo en camino la tropa y artillería que tuviese; que á Iriarte le comunicaba lo mismo, para que á tres fuegos desbaratásemos la única espina que nos molesta; ¿qué resultó de todo esto? que tomase vd. el partido de desentenderse de mis oficios, y solo tratase de su seguridad personal, dejando tantas familias comprometidas, ahora que podíamos hacerlas felices: como no hay un corazon humano en quien quepa tanto egoismo, mas lo veo en vd. y veo que pasa á otro extremo: ya leo su corazon y hallo la resolucion de hacerse en Guadalajara de caudal, y á pretexto de tomar el puerto de San Blas, hacerse de un barco y



dejarnos sumergidos en el desorden causado por vd. y ¿qué motivo ha dado Allende para no merecer estas confianzas?

“No puedo menos que agriarme demasiado, cuando me dice vd. que el dar orden en Guadalajara lo violenta; ¿de cuándo acá es vd. así? Tenga presente lo que sucede en todos los países conquistados me ha respondido vd. cuando yo decia: es necesario un dia mas para dar algun orden etc.

“Que vd. no tuviera noticia (como dice) del enemigo de Querétaro, es una quimera, cuando de Acámbaro, de Salvatierra y el Valle de Santiago, desde la semana pasada me están dando partes, y lo que es mas, con los dos oficios primeros que mandé á vd., acompañé dos cartas, y ellas llegaron á Valladolid y se me contestaron; pero á vd. no llegan mis letras segun que se desentienda en su carta.

“Espero que vd. á la mayor brevedad me ponga en marcha las tropas y cañones, ó la declaracion verdadera de su corazon, en la inteligencia de que si es, como sospecho, el que vd. trata de solo su seguridad y burlarse hasta de mí, juro á vd. por quien soy que me separaré de todo, mas no de la justa venganza personal.

“Por el contrario, vuelvo á jurar á vd., que si procede conforme á nuestros deberes, seré inseparable y siempre consecuente amigo de vd.—*Ignacio Allende.*”

Veamos ahora las explicaciones del Sr. Zerecero: “El Sr. Alaman, dando por legítimas las cartas anteriores, cree encontrar en ellas apoyo para llevar adelante su empeño de pintar en desacuerdo y aun en estado de enemistad y odio al Sr. Allende con el Sr. Hidalgo: para hacer tales suposiciones fundándose en esas cartas, ha sido necesario que el Sr. Alaman haya querido cerrar voluntariamente los ojos y olvidarse él mismo de lo que habia escrito. La primera carta es de 19 y la segunda de 20 de Noviembre de 1810. No se puede saber cómo vinieron al conocimiento del Sr. Alaman, ni de D. Carlos Bustamante; no se sabe que el equipaje del Sr. Hidalgo, ni su papeleria, hayan caído en manos de

sus enemigos, ni que se hayan interceptado sus cartas: esto hace sospechar que sean apócrifas las que se han publicado. Por otra parte, es inverosímil que Allende reconviniere con acritud al Sr. Hidalgo el dia 20 de Noviembre porque no le contestaba la que habia escrito el dia 19. Sobre todo, debe reflexionarse que habiendo salido el Sr. Hidalgo de Valladolid el dia 17 de Noviembre para ir á Guadalajara, adonde llegó el 26 del mismo mes, las cartas que salieron de Guanajuato el 19 y el 20 dirigidas á Valladolid, iban para este punto cuando el generalísimo estaba en camino; por consiguiente, ó no las recibió, ó suponiendo que las recibiera cuando llegó á Guadalajara, porque se le remitieran de Valladolid ó Morelia, como en la misma fecha en que el Sr. Hidalgo entraba á Guadalajara el Sr. Allende tuvo que retirarse de Guanajuato, no fué ya posible ni conveniente mandar ningun auxilio. Hé aquí explicado lo que pasó, sin necesidad de suponer desacuerdo entre los caudillos.”

Lo que queda explicado es el loable deseo del Sr. Zerecero de que no haya existido este desacuerdo; pero desgraciadamente todo tiende á confirmar la autenticidad de estas cartas.

Dos observaciones capitales encuentro en las anteriores líneas del Sr. Zerecero. Las cartas son apócrifas porque no se sabe que Hidalgo haya perdido su equipaje ó su papeleria. Las cartas son apócrifas porque están fechadas en dos dias consecutivos, no siendo creible, que las hubiera escrito sin mediar entre ellas un espacio mas dilatado de tiempo. Y las dos observaciones no destruyen, ni pueden destruir, las probabilidades que, á mi modo de ver, militan en favor de su incontestable autenticidad.

No se sabe, en efecto, que Hidalgo haya perdido su equipaje ó su papeleria. Pero sí se sabe que cuando fué capturado en las Norias del Bajan, cayeron, como era natural, todos sus efectos en manos de los captores,—y entre ellos bien podian haberse encontrado las cartas mencionadas. Tambien pudo suceder que, supuesto que Hidalgo marchó para



Guadalajara el día 17, y las cartas solo partieron de Guanajuato el 19 y el 20, no llegaran estas á manos de Hidalgo, siendo interceptadas en el camino por los destacamentos realistas.

En cuanto á lo de las fechas, esto nada significa. Podia haber sufrido un equívoco Allende al trazarlas; ó pudo haber recibido la mañana ó el día del 20 una carta de Hidalgo en que le participaba su resolucion definitiva de marchar para Guadalajara, y entonces Allende escribió la segunda. Pero de todas maneras no se puede asegurar que las cartas son falsas porque no se sabe como han llegado á la publicidad; y, sobre todo, el argumento que mayor fuerza me hace es que el constante y ardiente defensor de los independientes D. Carlos María de Bustamante, haya confesado en términos precisos y claros que estas cartas realmente fueron escritas por Allende, y que realmente existió entre los dos caudillos de la independencia un desacuerdo, que él como nosotros deploramos sinceramente. Puede estar seguro el Sr. Zerecero que si Bustamante no hubiera tenido en la conciencia la autenticidad palpable de estos documentos, no los hubiera insertado en su *Cuadro*, ni habria turbado con ellos, los sentimientos de veneracion que á todos nosotros los liberales, nos inspiran el carácter, la nobleza y la heroicidad de los padres de la patria.

En cuanto al fondo de las cartas, me abstengo de hacer comentarios. Lo único que diré es que una dolorosa práctica bien pronto patentizó la exactitud de las predicciones de Allende.

## IX.

El 23 de Noviembre acampaba Calleja en el rancho de Molineros á cuatro leguas de Guanajuato. El 24 comenzó el ataque; pero no por donde esperaban los insurgentes, pues D. Francisco Perez Marañon vendió el secreto de los barrenos de la cañada de Calleja, y este, determinó atacar por distinto rumbo. Al efecto dividió su ejército en dos columnas, dando el mando de una de ellas al célebre Flon, conde de la Cadena, y reservándose la otra para sí. El primero avanzó por el camino de la *Yerba Buena* hasta llegar á las *Carreras*, y el segundo por el camino nuevo de Santa Ana hasta la *Valenciana*. Ambos destacamentos forzaron las alturas, se apoderaron de las piezas de artillería y lograron voltear la posicion. En el cerro del Tumulto fué donde mas empeñada estuvo la batalla.

Luego que Allende vió que las alturas se hallaban en poder del enemigo, ordenó una retirada que, si era dolorosa, habia llegado á ser necesaria; y aunque Calleja pretendió cortarla no lo pudo evitar.

Un negro llamado Lino, natural de Dolores, á eso de las tres de la tarde, amotinó á la plebe diciendo que Calleja habia triunfado ya y que era preciso vengarse de los europeos. Habiendose reunido una multitud de gente, la condujo á la Alhóndiga de Granaditas y empezó un degüello cruelísimo



de los infelices que allí se encontraban, cuyo número ascendía á doscientos cuarenta y siete; solo pudieron salvarse treinta y tantos; y aunque Allende, luego que supo lo que ocurría volvió sobre sus pasos intentando contener el desorden, tal era la furia, la ceguedad y la pasión de los asesinos que fueron infructuosos sus esfuerzos. Allende se retiró á la mina de Chichindaro, y al rayar el 25 volvió á romper el fuego de artillería con una pieza colocada en el cerro del *Cuarto* sobre la línea enemiga, impidiendo el avance de Calleja, y dando tiempo á su ejército para que pudiese continuar su tranquila retirada. Finalmente, los fuegos de Calleja desmontaron la pieza que tanto estrago les habia hecho, y entonces Allende se reunió con el grueso de su ejército.

No entra en mi propósito narrar las atrocidades cometidas por Calleja y Flon en Guanajuato. Solo diré que el primero de estos tigres ordenó que fuesen fusilados por la espalda D. Francisco Gómez, D. Rafael Dávalos, D. José Ordoñez y D. Mariano Ricocochea,—jefes todos ellos del ejército insurgente. No estará por demas presentar á mis lectores un cuadro alegre y risueño que D. Lucas Alaman se ha complacido en trazar para eterna gloria de la generosidad española: "Quiso Calleja causar el mayor terror con el aparato de estas ejecuciones, y a efecto hizo poner horcas en todas las plazuelas de la ciudad, además de la que habia en la plaza, en lo que hizo trabajar á todos los carpinteros que pudieron encontrarse, y el día 27, habiendo sido sorteados (1) diez y ocho individuos del pueblo, se les ahorcó en la plaza, á la entrada de la noche. Era esta muy oscura y la ciudad toda se hallaba en el mas pavoroso silencio, y la plaza está en lo mas profundo del estrecho valle en que se halla situada, rodeada como anfiteatro por toda la población; desde toda ella se descubria el fúnebre resplandor de las teas de ocote que alumbraban la terrible escena, y se oían

(1) La lotería de la muerte. ¡Vaya un modo de administrar justicia!.....

las exhortaciones de los eclesiásticos que auxiliaban á las víctimas, y á los lamentos de estas implorando misericordia. Muchos años han trascurrido desde entonces, y nunca se ha podido debilitar en mi espíritu la profunda impresion que en él hizo aquella noche de terror. En la tarde del día 28 fueron ejecutados en la horca colocada frente á la puerta principal de la Alhóndiga, D. Casimiro Chowell, administrador de la mina de la Valenciana y coronel del regimiento de infantería levantado en ella, D. Ramon Fabie, teniente coronel, y el mayor del mismo cuerpo D. Ignacio Ayala, cuñado de Chowell, con otros cinco individuos...." Este es un verdadero idilio—¿verdad? Escenas como estas solo se pueden buscar en la guerra de treinta años cuando los protagonistas se llaman, ora Wallenstein, ora Tilly.

Allende continuó su retirada hasta San Felipe en donde encontró á Iriarte que venia en su auxilio; de allí marcharon ambos hácia Aguascalientes, separándose Iriarte en el camino. En este lugar ocupóse Allende en disciplinar al ejército. Aquí se verificó un accidente lamentable. Una casualidad hizo que se incendiara un depósito de parque, causando la muerte á varios individuos; la consternacion cundió en todas partes; solo Allende se mantenía sereno; y poniendo en ejercicio toda la energía de su alma, toda su actividad y su valor y las fuerzas hercúleas de que estaba dotado, hizo empeños verdaderamente heróicos, y arrojándose en medio de las llamas y de los edificios que se desplomaban, salvó á muchos desgraciados y alivió los padecimientos de otros. (1)

No pudiendo mantenerse en este punto á consecuencia del suceso que acababa de pasar, determinó Allende marchar á Guadalajara para reunirse con Hidalgo.

Cruz se posesionó de Valladolid; Calleja avanzaba sobre Guadalajara; y aunque la ocupacion de la plaza de Guanajuato por los realistas produjo el mal efecto profetizado por Allende, aun no perdian los insurgentes la fé en la santidad

(1) Zereceró.—Memorias pág. 221.



de su causa y en el triunfo definitivo de sus principios. La antorcha sacudida por Hidalgo y Allende en el pueblo de Dolores, habia arrojado sus chispas de fuego en todas direcciones; ese grito sublime habia encontrado eco en todos los corazones; y á fines de 1810, San Luis, Coahuila, Tamaulipas, Nuevo-Leon, Texas, Huichapan, el Mezquital y el Sur, proclaman la independencia y se preparaban á luchar hasta la muerte con sus opresores.

Allende entró el 12 de Diciembre á Guadalajara, siendo amistosamente recibido por Hidalgo, é inmediatamente se ocupó en dar la organizacion posible á los cien mil hombres que allí se habian agrupado al derredor de la bandera insurgente.

## X.

Estamos á 14 de Enero del año de 1811.—Los generales independientes celebran un consejo de guerra en el puente de Tololotlan, pues Calleja y Flon avanzan sobre Guadalajara á marchas forzadas y es preciso adoptar un plan. Hidalgo, sostenido por todos los generales, *menos uno*, toma la palabra y manifiesta la conveniencia de dar la batalla conforme á las reglas del arte, de marchar inmediatamente á posesionarse del puente de Calderon y de aguardar allí el empuje del enemigo. Solo una voz, —voz profética— disiente de esta opinion. Pinta elocuentemente los pocos recursos

con que cuenta el ejercito; pone en relieve la dificultad, casi insuperable, de manejar grandes masas indisciplinadas, cuyo mismo número debe entorpecer sus movimientos; y finalmente, opina por el ataque inmediato, violento, audaz, irresistible, cayendo de improviso sobre el enemigo y despeñando sobre él una avalancha que pulverizará las disposiciones de Calleja, y dará una ventaja incontestable á los insurgentes. Y aunque ese acento es el de Allende, y aunque sus razones no tenian, ni podian tener, contestacion alguna, prevaleció el plan de Hidalgo. Marchó el ejército al famoso puente de Calderon, donde le esperaba el funesto golpe que debia retardar por muchos años el triunfo de su causa, y donde debian subir los caudillos de la independencia el primer escalon de ese cadalso que ha servido de pedestal para su gloria.

El dia 17 á las primeras horas de la mañana comenzó la batalla. Habla el Sr. Zerecero: "Desde el principio de la mañana comenzó la accion; los realistas tuvieron la ventaja de matar al principio de ella al gefe que mandaba la artillería de la derecha; eso produjo el desórden en aquel lado de la línea de los independientes, y aprovechándose Calleja de este incidente, hizo que Flon avanzase por aquella parte y logró rechazar la línea, y la hubiera envuelto si el general Allende que estaba en el centro no hubiera obrado con demasiada actividad, corriendo á restablecer el órden en esa parte que se desarreglaba, logrando hacer volver á los suyos con tal ímpetu que hicieron huir á la caballería de Calleja, persiguiendo á los fugitivos y alcanzando á Flon á quien mataron . . . A las seis de aquella mañana se presentaba al Sr. Hidalgo el coronel Marroquin y le decia: *He ido hasta los divisaderos y no parece por ninguna parte el ejército del Sr. Iriarte. Mejor*, (le contestaba el Sr. Hidalgo) *no tendrá parte en las glorias de este dia. Hasta ese momento, y despues, la victoria estaba por el ejército independiente. Mientras el general Allende habia marchado á restablecer el órden en el costado derecho que flanqueaba Calleja, habia hecho un es-*